

La palabra como expresión de la dignidad humana en la *Oratio de laudibus eloquentiae* de Lucio Flaminio Sículo

PABLO GARCÍA CASTILLO

§ 1.

PESE A LA VALORACIÓN CRÍTICA y, en muchos casos, negativa de la presencia del humanismo en España, es indudable que, durante el reinado de los Reyes Católicos, se produjo en la península ibérica un extraordinario cambio político, sociológico y cultural que propició la consolidación y el asentamiento del humanismo. Un humanismo diferente del italiano, con rasgos propios y definidos, fruto de la solución de continuidad de la tradición clásica, debido a la invasión árabe de comienzos del siglo VIII y a la división de la población en castas que se superponía a la tradicional división tripartita medieval. A los *bellatores*, *oratores* y *laboratores* que existían en España, como en todas partes, se añadían las castas de cristianos, musulmanes, judíos y conversos, cuya coexistencia fue con frecuencia difícil y llena de enfrentamientos. Esta contextura social y religiosa fue una de las principales causas del rechazo de algunos de los nuevos aires que venían de Italia y propició, a su vez, algún desprecio como el muy conocido de Erasmo de Rotterdam, que, como puede verse en su epistolario, declinó la oferta de Cisneros para incorporarse al equipo filológico que elaboró la Políglota¹. Además, en España se añoraba la unidad peninsular del reino visigodo, obra de aquellos que eran considerados bárbaros por los italianos por haber propiciado la caída del imperio romano. Por consiguiente, las grandezas pasadas que se pretendía recuperar eran muy diferentes para unos y otros.

No obstante, en España había un suelo fértil para el espíritu humanista, especialmente en algunas prósperas ciudades castellanas, como Salamanca, en cuya Universidad se produjo un verdadero humanismo, cuyo impulsor fue Antonio de

¹ Cfr. Bataillon, M. (1966, pp. 77-80).

Nebrija². Un humanismo que era algo más que una recuperación de las letras clásicas, pues adquiere un perfil científico y moral que le da un relieve singular. Tal vez nadie lo ha descrito mejor que el profesor Luis Gil, cuyas palabras son las siguientes:

Allí al ideal del valor guerrero se contrapuso el valor del conocimiento; a la noción de *nobilitas*, basada en las prerrogativas de nacimiento o de estado, la de *virtus* o mérito personal; a la autoridad de la tradición escolástica, la más vetusta aún de la antigüedad clásica; a la concepción medieval del saber como patrimonio colectivo y limitado, la de la ciencia como creación personal ilimitada. Portavoces de estos ideales eran los humanistas que venían a reemplazar a los juristas medievales como burócratas, cronistas, propagandistas y justificadores del poder. Fue ésta la función que en el reinado de los Reyes Católicos desempeñó en parte Nebrija, lo más parecido a un humanista italiano que la historia española ofrece. Protegido por mecenas excelentes, editor de textos, autor de tratados gramaticales y filológicos, poeta latino renombrado, cronista regio y profesor en Salamanca, Sevilla y Alcalá, desarrolló, en suma, esa enciclopédica actividad propia del humanista (Fernández, 2005, pp. 46).

Sin embargo, dentro de estos caracteres generales del humanismo español, el humanismo salmantino tiene algunas peculiaridades. No se trata de un simple humanismo literario, ni tampoco se confunde con el programa erasmista, sino que es más bien un movimiento que hemos denominado «humanismo científico», pues representa la plena incorporación del programa humanístico a la actividad científica³. Nebrija, no sólo cumple una labor esencial como gramático, filólogo y lingüista, sino que introduce en España la cosmografía de Ptolomeo y elabora no sólo el léxico del latín y del castellano, sino un diccionario geográfico, un vocabulario de medicina y un léxico de derecho civil⁴.

Este humanismo representa un nuevo saber, una educación no escolástica, que recupera, estudia, comenta y enmienda, mediante una hermenéutica crítica, los textos clásicos del saber griego y romano, con el fin de apropiarse tanto su perfecta forma literaria como su contenido científico. Y su rasgo más destacado es la perfecta síntesis entre forma y contenido. Los textos clásicos, cuya lectura se recupera en las cátedras renacentistas salmantinas, son textos que sirven de modelo para fijar el

² Una visión general de este movimiento humanista salmantino puede verse en Gallego, A. (1990, pp. 211–235).

³ Flórez, C., García Castillo, P., Albares, R. (1999).

⁴ Una biografía más completa de Nebrija, que incluye la enumeración exhaustiva de sus obras se encuentra en Flórez, C., García Castillo, P., Albares, R. (1990, pp. 49–65). Sobre la importancia de los léxicos especializados de Nebrija, véase: Bustos, E. (1983, pp. 205–222).

canon del lenguaje literario, de la gramática y de la retórica, pero cuyo contenido es en muchas ocasiones geográfico, cosmográfico, matemático o astronómico. Así eran tan humanistas la *Geografía* de Ptolomeo y los *Elementos de Geometría* de Euclides, como la *Eneida* de Virgilio o el *Banquete* de Platón.

Pero este liderazgo de Nebrija, como símbolo del gramático, fue muy pronto puesto en tela de juicio. Tal vez porque la llegada al trono de Carlos V supuso una nueva visión del humanismo, más cercana a los italianos y a Erasmo. Un breve escrito de Juan de Maldonado, alumno suyo en las aulas salmantinas, que fue publicado en 1528, sólo seis años después de la muerte de Nebrija, muestra la creciente protesta de los jóvenes humanistas contra la tiranía de las *Introductiones Latinae* o Arte de Antonio, que dominaba la enseñanza en los cursos de la universidad. Su título es muy elocuente: *Paraenesis ad politiores litteras adversus grammaticorum vulgum*⁵. Esta *Exhortación a las buenas letras contra la turba de los gramáticos* es una carta dirigida a su alumno Gutierre de Cárdenas, joven de alta nobleza, que representa a los jóvenes humanistas, una exhortación y un elogio de las buenas letras como requisito indispensable para la formación civil, no sometida a imposiciones religiosas, que contrasta con el método y la función pedagógica de Nebrija. No se trata de preparar a los alumnos para la teología o la interpretación de la Escritura, que forma nuevos maestros, sino de aprender latín de las obras originales, sin el fastidio de una gramática como la de Nebrija, llena de reglas y excepciones que reducen la formación al cultivo de una memoria estéril e impiden el desarrollo del talento de los jóvenes.

Esta nueva perspectiva supone un reconocimiento de la inferioridad de los humanistas españoles, que, según la propuesta pedagógica de Maldonado, deben salir del encierro gramatical en que los dejó recluidos Nebrija, atrapados por el conjunto interminable de reglas y preceptos, para seguir el método preconizado por Cicerón y Quintiliano y practicado en Italia y el norte de Europa, donde, tras una elemental iniciación en la gramática, los alumnos adquieren enseguida familiaridad con el buen estilo y la elegancia de los clásicos, de los que se derivan todas las reglas. Cicerón es el modelo de las buenas letras, de toda la elegancia, riqueza y hermosura de la lengua latina y todo lo que en latín se aparta de él, se aleja de la verdad. Antes de la lectura de Cicerón, el alumno ha de frecuentar a Terencio y, después, a Virgilio y, cuando tenga fuerzas para soportarlo, se acercará a los escritos de Horacio, Salustio y César, autores que son los luminares de la lengua latina. Y, finalmente, podrá

⁵ Una excelente edición bilingüe de esta obra, con un amplio estudio preliminar es la de Asensio, Eugenio, Alcina, Juan (1980). Un amplio comentario se halla también en Asensio, Eugenio (2005, pp. 251 – 310).

revolotear poco a poco por las páginas de Ovidio y Lucano e incluso Plauto, Apuleyo, Aulo Gelio y Macrobio.

Es preciso seguir, por tanto, el ejemplo de los italianos que, aunque perdieron el imperio, en los últimos años han recuperado la pureza de la lengua latina, gracias a Valla y a Jovino Pontiano, que unió los secretos de la filosofía a los de la elocuencia. Y lo mismo cabe decir de Hermolao Bárbaro, de Pico della Mirandola, de Angelo Poliziano, de Baptista Mantuano y de Filippo Beroaldo. Y, fuera de Italia, destaca Erasmo, un orador experto en latín y griego y en su correcta dicción y estilo. Y, concluye su carta recordando el tiempo de juventud perdido por culpa de maestros estériles, que no supieron llevarle a las fuentes puras de la elocuencia y de la elegancia. Sin embargo, recuerda haber conocido, cuando estudiaba en Salamanca, a cinco humanistas que unánimemente condenan el método pedagógico dominante en España: uno flamenco italianizado —Longolio— y cuatro italianos —Lucio Flaminio Sículo, Severo, el monje cantado en Garcilaso, Benedetto Teocreno y Andrea Navagero.

Sin embargo, no parece del todo convincente esta feroz crítica de Maldonado a la pedagogía humanista del humanismo español y salmantino que tiene a Nebrija como figura principal. La denominada Primera Escuela de Salamanca, cuyos protagonistas más destacados son Nebrija y el Brocense, está integrada por profesores de artes liberales que se han formado en Italia, como el mismo Nebrija. Más aún, el primer círculo humanístico salmantino reúne en torno al maestro a humanistas italianos como Lucio Marineo Sículo, Lucio Flaminio y Pedro Mártir de Anglería, que no sólo siguen el modelo humanístico de Nebrija, sino que reciben de él reconocimiento y afecto hasta el punto de convertirse en editor de algunas de las obras de estos humanistas italianos.

Marineo, en el bienio en que coincidió en la Universidad salmantina con Nebrija (1484-86), colaboró con él en la creación de un entorno propicio para la implantación del humanismo y, tras la marcha del maestro sevillano, se convirtió en el principal difusor del humanismo en la Universidad de Salamanca. Frente a la visión de Maldonado, Marineo, en su *De Hispaniae laudibus Libri VII*, publicada en 1497, en Burgos, pone de manifiesto su admiración por lo hispano y resalta el valor de las figuras españolas de la época, así como de los más destacados monumentos de su cultura. Entre las personalidades retratadas en la galería de personajes que presenta figuran Juan de Mena y Antonio de Nebrija. A su juicio, Salamanca es la única ciudad de España que merece llamarse metrópolis. En ella se forman los nobles y caballeros y en ella se miran, como en un espejo, las demás ciudades, pues ella es regia e imperial, dando acogida a juristas, médicos, filósofos y teólogos. También describe

sus templos y monasterios, su puente romano y sus mercados. Pero su más amplio elogio está dedicado a la Universidad, cuyo prestigio alcanza, a su juicio, al de la de París, especialmente por la preparación de sus profesores en las artes liberales.

No menor es la admiración que siente hacia Nebrija el otro gran humanista siciliano, Lucio Flaminio, que colaboró en la tarea de desarraigar la barbarie de maestros y profesores y completó la teoría y estudio de la gramática de su maestro con una investigación y exhortación acerca de la retórica, que fue el arte más cultivado por los italianos del humanismo salmantino⁶.

§ 2. Lucio Flaminio Sículo

Según el estudio documentado de Luis Gil, desde 1403 está atestiguada la presencia de la retórica en la Universidad de Salamanca. Su primer profesor fue el italiano Bartolomeo Sanzio da Fermo y desde este primer catedrático hasta 1480 se conocen los nombres de dieciséis profesores que la ocuparon. Como se observa en el manual escrito por el catedrático Fernando de Manzanares, *Flores rhetorici*, la retórica comprende tres partes, una *De dicendi elegancia*, de carácter léxico y sintáctico; otra *De uerborum sententiarumque coloribus*, que se ocupa de las sesenta y cinco figuras retóricas; y una tercera, la más amplia, que trata del *Ars dictandi*, o arte de escribir cartas⁷.

El mismo Nebrija publicó en 1515 un compendio de retórico con el título de *Artis rhetoricae compendiosa coaptatio ex Aristotele Cicerone et Quintiliano*, que fue un manual largamente estudiado y que bebía en las fuentes de la elocuencia latina.

Sin embargo, prestaremos atención a la obra del siciliano Lucio Flaminio⁸, que se formó en el estudio de los clásicos en la Academia de Pomponio Leto en Roma y vino a España en 1486, estableciéndose en Sevilla, donde llegó a impartir hasta diez lecciones diarias, comenzando ya su fama como buen orador y latinista. De Sevilla se trasladó a Salamanca, gracias al patrocinio de su gran amigo y paisano Lucio Marineo Sículo, que había salido de Italia dos años antes⁹. Llegó a Salamanca en el otoño de

⁶ Un estudio exhaustivo de la que denomina escuela de Nebrija puede verse en Rico, F. (1978, especialmente pp. 99 – 133).

⁷ Véase Faulhaber, C. (1997). Y también Murphy (1997).

⁸ Sobre la vida y obras de Lucio Flaminio puede verse Olmedo, F. (1944, pp. 45 – 48); Asensio, Eugenio, Alcina, Juan (1980, pp. 64 – 67 y 168 – 171); Asensio, Eugenio (2005, pp. 295 – 297).

⁹ Las cartas intercambiadas por Flaminio y Marineo, insertas en el libro VI del *Epistolarum opus* de Marineo, nos permiten seguir la vida del joven profesor en Salamanca. Marineo, que le trata casi como

1503 cuando Nebrija acababa de renunciar a la cátedra de gramática que había obtenido cinco meses antes. Flaminio, junto con otros cuatro candidatos, se presentó a la cátedra vacante en diciembre de ese mismo año, aunque la cátedra la obtuvo el licenciado Pedro de Espinosa.

Sin embargo, Flaminio dejó tan impresionados a los asistentes a su disertación que los profesores de la universidad, reunidos en sesión del claustro, el día 11 de enero de 1504, acordaron que se crease una cátedra para que Lucio Flaminio, por su dominio de la lengua latina, de la poesía y de la retórica y otras ciencias, leyese en dicha facultad y, al día siguiente, se le otorgó una cátedra cursatoria o trienal, de la que tomó posesión el 13 de enero de 1504, a fin de explicar la *Historia Natural* de Plinio¹⁰, aunque Maldonado afirma que también leyó y comentó algunas obras de Cicerón. Sus clases, según el testimonio de Maldonado, crearon un fervor y entusiasmo desbordante entre los estudiantes y doctores que llenaban sus aulas. Así lo testimonia:

Por aquel tiempo, Lucio Flaminio, varón de origen romano, prófugo de su patria y expulsado de todas partes, llegó a Salamanca. Fue recibido con grandes honores, y se le ayudó y se le aprobó con un salario público. Empezó por explicar la *Historia Naturalis* de Plinio, después, el mismo tiempo, el *De natura deorum* y el *De finibus bonorum et malorum* de Cicerón, con tal asistencia de doctores y escolares que a duras penas cabía la multitud en la Universidad. La causa de la afluencia de público era su agilidad en improvisar y su elegancia, de tal modo que era la admiración de todos. Eran sus discursos ardientes y apasionados y fluían como un río por un solo cauce¹¹.

Maldonado llegó a frecuentar la casa de Flaminio y pudo escuchar las severas críticas que el siciliano profería con frecuencia contra el sistema educativo español, en el que se pretendía que los niños aprendieran y llegaran a dominar el latín a través de la gramática, en lugar de seguir el método de los italianos, a los que, como a él mismo,

a un hijo, alaba sus escritos, recoge sus confidencias y le guía en su adaptación a las costumbres académicas y sociales de la ciudad del Tormes. Una completa y rigurosa edición de este epistolario es la de Jiménez, Teresa (2001). Las cartas entre los dos Sículos figuran en el libro VI, de la 6 a la 17, pp. 384 – 406.

¹⁰ Según consta en el acta de la sesión del claustro, «*dixeron en concordia los señores del claustro que el bachiller lucio flamíneo era muy singular onbre en lengua latina e en pohesia o oratoria e otras sciencias, el qual convenía que estoviese en este estudio porque hera mucha utilidad del dicho estudio e le diesen una lectura, e se crease una cátedra en su facultad*» (Olmedo, Félix 1944, p. 45).

¹¹ Maldonado, Juan, *Paraenesis ad litteras*, 26 (en Asensio, Eugenio y Alcina, Juan (1980, pp. 168– 169).

su propia madre les repasaba los textos de Salustio, cuyos textos él mismo sabía de memoria a los nueve años, y luego, un maestro como Pomponio Leto les introduce en los textos de los grandes oradores y poetas. La gramática de Nebrija no es apta para los niños, sino para la enseñanza superior. Lo que no obsta para que Flaminio haga sus más encendidos elogios de la labor humanista de Nebrija, el único comparable con los mejores italianos. Así lo expresa con pasión en una carta que dirige al propio Nebrija el 23 de mayo de 1504, en la que, tras llamar perros obscenos y cerdos fangosos a quienes censuran las obras del maestro, sirviéndose de ellas sin confesarlo, dice lo siguiente:

Pero mucho más aprovecharía a estos el que, militando bajo tu Marte –algo que todos los hombres de bien respetan y alaban–, estuvieran sedientos de tu Minerva, de la cual ha salido un número de varones doctos no menor que el de soldados armados del caballo de Troya. Y a España toda, purgado el vitiligo de las lenguas, la limaste con martillo pulidor romano, refinaste sus vocablos malsonantes, embelleciste los obsoletos, borraste los extranjeros, todo en fin lo recondujiste al esplendor del Lacio, hasta tal punto que podría cuadrarte legar la lengua latina a tus hijos por cierto derecho hereditario, como Hiparco la doctrina de las estrellas [...] Contigo han nacido en España las letras, contigo también morirán. ¿No es asombroso que un español hable un latín tan romano? ¡Que ni la misma Atenas sería tan ática ni los propios romanos tan latinos, a fe mía me atrevería a decir con el permiso de ellos! Felicito sin duda a los nuestros, porque te deleita más nuestra lengua que tu idioma patrio, con el que cuán bueno seas cuando ya destacas en un idioma extranjero, eso también es fácil de adivinar al haber realizado obras maestras en esta lengua extraña y adquirida¹².

Nada más lejos de la crítica de Maldonado a la labor pedagógica y gramatical de Nebrija que este encendido elogio de Flaminio que llega a comparar la proeza de Nebrija con la de Aníbal al cruzar los Alpes y alcanzar Italia, pues lo mismo que Cicerón llevó a Roma la lengua griega Nebrija trajo el latín a España y ha dejado a sus compatriotas escritos llenos de elegancia y suavidad, cuya gracia, en palabras de Flaminio, se ve aumentada por la pureza moral que transmite su contenido. Por ello, concluye rogándole que lea y corrija las obrillas que, como en un parto prematuro, acaba de publicar.

Esa misma admiración hacia Nebrija se refleja en el epigrama que le dedica Flaminio que dice así:

¹² *Epístola de Lucio Flaminio a Nebrija*, 5–6, en Ramos, Sandra Inés (2018, pp. 244 – 245).

Mi musa aldeana ha tenido la culpa de que llegue tan retrasada a tus manos esta misiva. Me he quedado sin aliento poético y sin ganas de cantar. Si tuve inspiración alguna vez, la he perdido por completo. Me gustan los versos doctos; pero a los doctos no les gustan mis versos, sin duda porque no están empapados en las ondas aonias. Tú, en cambio, gloria de Apolo y amplísima esperanza de la lengua latina, cantas siempre con la entonación de los grandes poetas. Diríase que has apagado tu sed en la fuente Castalia o en los sagrados raudales del Parnaso. Nadie ha dominado como Homero la lengua del canto, y él parece que ha ceñido a tus sienes la corona de laurel. No te extrañe, pues, que haya tardado tanto mi musa en acercarse a ti, ni creas que te tengo olvidado. No te he escrito antes, porque, como Calíope me tiene desamparado, mis versos salen cuando pueden y como pueden, y siempre, como ahora, con mucho retraso¹³.

A pesar de su excelente formación en Italia y de los años de profesor en Sevilla, tuvo algunas dificultades al comienzo de su docencia en la Universidad de Salamanca, como reconoce en una carta enviada a Marineo¹⁴, en la que le cuenta que su dedicación al estudio de Plinio suscitó la envidia de muchos, que aseguraban que un joven como él nunca podría aclarar los secretos de la *Naturalis Historia*. No obstante, en poco tiempo superó esta desconfianza inicial y consiguió reunir a su alrededor a gran número de médicos y eruditos deseosos de escuchar sus lecciones. Sin embargo, no todo fueron malas relaciones con los profesionales salmantinos, también encontró buenos amigos y grandes modelos poéticos como fueron Pedro Mártir de Anglería, Lucio Marineo o Arias Barbosa. Su admiración por tales poetas quedó reflejada en su *Epigrammatum libellus*, al dedicarles un epigrama a cada uno, así como a otros personajes distinguidos de la época.

Su elocuencia fue consiguiendo la admiración de quienes al principio desconfiaban de su talento, hasta el punto de que el claustro de profesores, ante la llegada a Salamanca del ministro superior de los Dominicos Vincenzo Bandelli, decidió que para su recibimiento fueran pronunciados dos discursos, uno a cargo del portugués Arias Barbosa y otro de Lucio Flaminio, quien en su bienvenida incluyó no sólo alabanzas al ilustre visitante, sino también algunas relativas a la Universidad de Salamanca. En una breve carta a Marineo, Flaminio le da cuenta del éxito conseguido con su discurso¹⁵.

¹³ *Lucii Flamini Siculi Epigrammatum libellus*, Biblioteca General de la Universidad de Salamanca, I/197, fol. a (5) rº s. La traducción es de Olmedo, Félix (1944, p. 47).

¹⁴ Marineo, VI, 8 (en Jiménez, Teresa (2001, pp. 388 – 392).

¹⁵ Marineo, VI, 13, (en Jiménez, Teresa (2001, pp. 399 – 400). Concluye Flaminio su carta con estas palabras: «*Demum et illi magna omnium celebritate cumulatissime respondi et hanc, coelitem favore, detrahentium sententia, superavi*».

Finalmente, según consta en el Cartulario de la Universidad, el 27 de abril de 1509 se le concedió a Flaminio la cátedra de Retórica, con la condición de que abandonara la de Poesía que ostentaba desde 1507. Sin embargo, poco pudo enseñar en ella, pues le llegó la muerte en julio de 1509. Marineo, en una carta al Rector de la Universidad, Alonso Manso, muestra su dolor por la muerte de Flaminio, al que quería, según sus palabras, como un hijo y al que prodigaba una profunda admiración y un afecto sincero, lamentando también la gran pérdida de un insigne profesor para la Universidad, a la que dedicó los mejores años de su vida y su profundo conocimiento de la lengua latina, que dejó grabado en el alma de sus discípulos y admiradores.

§ 3. *De laudibus eloquentiae*

Tomando como referencia el ejemplar conservado en la Biblioteca General de la Universidad de Salamanca, signatura topográfica I/197¹⁶, que contiene la recopilación que apareció en 1504, en la imprenta de Joannes Gysser, podemos dividir la obra de Flaminio en tres secciones, tal y como él apuntaba en la carta a Marineo que comentamos (VI, 8). La primera de ellas se compone de dos *orationes*, de las que Gil nos da constancia como parte de los discursos inaugurales de curso o *praelectiones* que pronunció Flaminio¹⁷. Antes de los dos discursos, como inicio de la obra, figura un proemio en el que dedica su libro a Francisco de Bobadilla, el que fuera obispo de Salamanca entre 1510 y 1529¹⁸. Tras esta dedicatoria se presenta primero la *Oratio de summo bono*¹⁹, seguida de un escrito, en el que encomienda la obra al rector,

¹⁶ Es un volumen compuesto por dos post-incunables y dos incunables que se encuentra en la Biblioteca Universitaria de Salamanca bajo la signatura I/197, que contiene los siguientes textos:

1. Flaminio, Lucio, [Varia]. [Salamanca, Juan Gysser, 1504]. La obra impresa de Flaminio.
2. Alberti, Leon Battista, *Philodoxeos fabula. Io. Francisci Poggi Florentini ad Alexandrum VI. Pon. Maxi. in expeditione contra Turcas Epistola. In Turcos Porcia Declamatio*. Salamanca, Juan Gysser, 1501.
3. Marineo Sículo, Lucio, *Epistolae ex antiquorum analibus excerptae*. Burgos, Fadrique de Basilea, 1498.
4. Basilio Magno, *Institutiones de moribus* (trad. de Leonardo Bruni). Incunable (ca. 1492).

¹⁷ Gil Fernández, Luis (2005, p. 60).

¹⁸ Fol. 1b, titulada *Lutius Flaminus Siculus Domino Francisco de Bouadilla antistiti dignissimo salutem dicit aeternam*.

¹⁹ Fol. 2b, el título completo es el siguiente: *Lutii Flamini Siculi Oratio de summo bono in genere*

Francisco de Sosa²⁰. Después aparece impresa la *Oratio de laudibus eloquentiae eiusque studio capescendo*²¹.

La segunda sección del libro se compone del comentario a la obra de Plinio titulado *Commentariolus in Plinii prohemium*²², el escrito más extenso de Flaminio, en el que se hallan, según sus propias palabras, puntos oscuros desentrañados por él mismo que no habían sido solucionados antes por otros eruditos. Este comentario va precedido de la dedicatoria a D. Alfonso de Castilla²³.

La última parte del impreso alberga el libro de poemas, titulado *Lucii Flaminii Siculi epigrammatum libellus*²⁴, que comprende 58 epigramas redactados en latín, más un soneto en italiano. Tras estas composiciones poéticas aparece un compendio de abreviaturas epigráficas²⁵ y un epílogo en el que Flaminio se encomienda al lector²⁶.

La *Oratio de laudibus eloquentiae* se inscribe dentro del género de las «*laudes litterarum*» que florecieron entre los humanistas italianos y españoles, como ha estudiado con precisión F. Rico²⁷. Es una *praelectio* o *prolusio*, es decir, una alabanza de la elocuencia y del deseo de cautivar el interés por ella (*de laudibus eloquentiae eiusque studio capescendo*) que, con toda probabilidad, pronunciaría Flaminio ante el claustro y los estudiantes de la Universidad, según la vieja costumbre europea, el día 18 de octubre de 1504, día de la inauguración del curso, antes de comenzar la explicación de una asignatura o el comentario de un texto clásico, como, en su caso, era la obra de Plinio.

deliberatiuo constituta in florentissima Salmanticae academia magna cum doctorum uirorum attentione habita foeliciter incipit.

²⁰ La dedicatoria dice así: *Lutius Flaminus Siculus nobili uiro Francisco de Sosa Salmanticensis academiae rectori dignissimo atque utriusque iuris peritissimo suo salutem.*

²¹ Fol. 20b, el título dice así: *Lucii Flaminii Siculi Oratio de laudibus eloquentiae eiusque studio capescendo foeliciter incipit.*

²² Fol. 34a.

²³ Fol. 33a, donde dice: *Lutius Flaminus Siculus Domino Alfonso de Castella salutem dicit aeternam.*

²⁴ Fol. a rº.

²⁵ Con el encabezado *De priscis notis sigillatim significantibus ex antiquis marmoribus et ex opúsculo Valerii probi exceptis.*

²⁶ Que dice así: *Lutius Flaminus lectori bene agere.*

²⁷ Rico, F. (1993).

En ella se percibe la influencia de Nebrija y de algunos humanistas italianos, como Poliziano o Valla, que escribieron obras de alabanza de las artes liberales, en especial de las que componen el *trivium*, para destacar su valor formativo y su expresión de la dignidad del hombre frente a la barbarie animal, al estilo también de Manetti o Pico della Mirandola, donde el hombre es admirado como vínculo entre el cielo y la tierra. En síntesis, todos estos elogios humanistas de los *studia humanitatis* presentan un esquema similar que, en palabras de Rico, podría ser el siguiente:

[E]l hombre es superior a los animales por obra de la razón, cuyo instrumento esencial es la palabra. Con la palabra se adquieren las letras y las bonae artes, que no constituyen un factor adjetivo, sino la sustancia misma de la humanitas. La humanitas, por tanto, mejor que cualidad recibida pasivamente, es una doctrina que ha de conquistarse. No sólo eso: la auténtica libertad humana se ejerce a través del lenguaje, a través de las disciplinas, ya en la vida civil, ya en la contemplación. Porque con esas herramientas puede el hombre dominar la tierra, edificar la sociedad, obtener todo conocimiento y ser, así, todas las cosas (un microcosmos), realizar verdaderamente las posibilidades divinas que le promete el haber sido creado a semejanza de Dios (Rico 1993, p. 171).

El discurso comienza con el exordio, en el que trata de ganarse la benevolencia del auditorio. En él agradece el honor que se le ha otorgado al elegirle para pronunciar ante una docta asamblea de insignes e ilustres maestros (*amplissimi patres*) un discurso sobre la elocuencia, sin tener en cuenta su juventud ni la dificultad que supone intentar persuadir a tan distinguidos profesores acerca de la utilidad y dignidad del arte de la retórica. Por tanto, si no puede enseñarles demasiado a quienes son ya doctos, al menos promete pronunciar palabras que les sean de alguna utilidad, pues «*nemo est, amplissimi patri, qui nesciat artificiosa dicendi copia quantum valeat, quantum emineat, quantum denique humano generi utilitatem attulerit*».

La *narratio* comienza con la constatación de dos hechos incuestionables, a juicio de Flaminio. Primero, que en todas las artes hay excelentes cultivadores, pero en la retórica o son raros o inexistentes (*in hac vero aut rarus aut nullus invenitur excellens*). Y, en segundo lugar, los cultivadores de las demás artes no pueden ejercerlas sin el auxilio y ornato de la retórica (*caeterum artium artifices suum munus sine eloquentiae auxilio ornate splendideque prestare non posse*).

E inmediatamente expresa la tesis fundamental de su discurso y su más profunda convicción como humanista: la elocuencia y la gramática, las artes de la palabra, constituyen la máxima expresión del saber humano y de su dignidad. Baste recordar que los hombres primitivos (*qui bestiarum more vagantur*), preocupados por la

alimentación y la supervivencia, no mostraban vestigio alguno de lo divino, pues hay que considerar divino a aquel primer hombre que, dotado de la sabiduría y de la elocuencia, congregó a aquellos seres dispersos por el campo en una ciudad y por el dominio de la palabra los hizo civilizados, conversables y capaces de establecer relaciones amistosas. Por ello, este don de la elocuencia y de la persuasión por la palabra debe considerarse más divino que humano y, en consecuencia, al alcance de muy pocos (*non equidem hace humana vis, sed potius divina videtur fuisse*).

La elocuencia es, pues, un don celeste, divino, un don que el mismo Dios quiso compartir con los seres humanos de forma gratuita, una gracia que da prudencia a los prudentes y sabiduría a los sabios y en virtud de ese don se ejercen todas las ciencias y artes. Es la palabra persuasiva que sacó a los hombres de las selvas en que habitaban las ninfas y los faunos y gentes que desconocían las costumbres, los pactos y el perdón. No era ésta una vida de hombres, sino de bestias que sólo obedecían a su vientre. ¿Qué le hizo al hombre abandonar el estado animal y volverse pacífico? ¿Qué le hizo cultivar la amistad y la paz? ¿Qué le llevó a cumplir los pactos (*fidem et pacta servare*) y a dejar de vagar por los campos sin hogar para edificar casas y establecer firmes sociedades? ¿Qué le condujo de los perversos hábitos animales a mostrarse humano y racional, a conocer, actuar y creer en Dios? Fue la elocuencia a la que va unida la sabiduría, pues sin aquella el saber humano ni es inventivo ni práctico, así como la sabiduría sin la elocuencia de poco hubiera servido a los hombres silvestres e incultos y, una vez fundadas las ciudades, tampoco basta la elocuencia sin la sabiduría, pues lo honesto y lo útil son quizás lo mismo, como se preguntaba Sócrates, de modo que deberíamos llamar a la elocuencia el resplandor de la sabiduría, el lugar donde se contempla y se guarda como algo sagrado (*placet ergo hanc ipsam appellare lumen sapientiae, theatrum sacrariumque doctrinarum*). De modo que, si desterrásemos la elocuencia de la vida, se convertiría en un caos, pues ella nos ha separado de las bestias y nos ha conducido a la civilización y nos ha producido la mayor utilidad al formarnos en la virtud.

La dimensión social y moral del lenguaje es precisamente lo que confiere la máxima dignidad al hombre, que comparte así la vida divina. Pues puede decirse que la capacidad de hablar, de persuadir y de establecer vínculos de amistad es el vínculo entre el hombre y lo divino y el ascenso de su condición animal al ejercicio de la racionalidad. Es una gradación que aparece en distintos discursos humanistas que consideran al hombre como un puente entre la bestia y el dios²⁸, los dos extremos que, según Aristóteles, se hallan privados de la dimensión social y política que es algo

²⁸ Cf. Paparelli, G. (1993). Véase también AA. VV. (2012).

que el hombre posee por naturaleza, pues el hombre es un animal nacido para la polis, pero «*el que no puede vivir en comunidad, o no necesita nada por su propia suficiencia, no es miembro de la ciudad, sino una bestia o un dios*» (Aristoteles 1988, 1253 a).

A continuación, menciona Flaminio los adversarios que desprecian la elocuencia y por su ignorancia usan barbarismos y solecismos, desconocen la elegancia de las palabras, tienen malas costumbres o carecen de estilo y del sentido de la oportunidad (*inversi mores, mala tempestas*). No se refiere sólo a los malos escritores, retóricos y poetas, sino también a los escolásticos que despreciaban a los gramáticos y no les permitían que los humanistas afrontaran los textos sagrados y los enmendaran. Y sobre todo se refiere a los pseudo dialécticos o sofistas que han oscurecido los propios textos de Aristóteles, al que no duda en considerar príncipe de la lógica y de la retórica (*quem principem nomnabo*). Y a los innumerables filósofos que se han planteado preguntas abstrusas sobre el universo y el alma, pero no han seguido los pasos del divino Platón que ilustró todas esas preguntas y las respondió con un lenguaje y un estilo lleno de elegancia, hasta el punto de que sobresale como el orador más eminente (*quid tan reconditum quod divinus ille philosophorum deus Plato non illustravit et elegante quodam stilo variavit?... ipsemet eminentissimus orator appareat*).

Y comienza la larga enumeración de los más excelsos cultivadores de las ciencias y las artes liberales. Comienza por Pitágoras y Nicómaco que explicaron los secretos del universo mediante los números y la armonía musical. Y recuerda al nobilísimo geómetra Euclides y sus definiciones y, dejando a un lado a tantos eminentes griegos que superaron a los demás pueblos por su saber, hace alusión a los descubrimientos de la astrología, que describe las leyes y el poder de los astros, ciencia en la que ocupa un lugar destacado Atlas el cual, según la leyenda del también siciliano Diodoro Sículo, portaba sobre sus hombros el cielo por haber sido un eminente astrólogo que descubrió los siete planetas, la esfericidad de las estrellas y fue el artífice del primer globo celeste²⁹.

Y, a pesar del valor inestimable de todas estas ciencias, ninguna supera la dificultad, la profundidad y el ingenio que encierra la elocuencia, como lo demuestra la gran cantidad de eminentes cultivadores que han tenido; en cambio, es difícil encontrar un buen orador, al que Catón definió como *vir bonus dicendi peritus*. Y la razón es doble. Primero, porque no es fácil alcanzar la virtud y tener autoridad moral para hablar y persuadir. Y, segundo, porque ya Cicerón al hablar del orador perfecto

²⁹ Cf. Diodoro de Sicilia (2001-2014, IV, 26, 2 - IV, 27, 5).

afirma que debe tener probidad y conocimiento de todas las ciencias y artes. Sin duda Flaminio había leído muchas veces el conocido pasaje de Cicerón que dice lo siguiente:

Pues en efecto en el resto de los oficios basta con ser mínimamente racional y -si es que alguien es un tanto lento- ser capaz de captar con la inteligencia y retener con la memoria lo que se ha de transmitir o incluso meter con calzador. No se busca la rapidez en improvisar o la celeridad en la respuesta, ni, en una palabra, lo que no nos podemos fabricar: el aspecto, la expresión, el tono de voz. Pero en el orador hay que exigir la agudeza de los sofistas, la profundidad de los filósofos, poco menos que las palabras de un poeta, la memoria de un jurisconsulto, la voz de un tenor y casi los ademanes de los grandes actores. De modo que no hay nada más escaso en la raza humana que un orador acabado: porque si los profesionales llegan a dominar aceptablemente cada una de estas artes, se les acepta. Mas si todas y cada una de ellas no se dan en sumo grado en el orador, no pueden ser aceptados como tales³⁰.

La *argumentatio* está llena de referencias probatorias y de alusiones al mismo Cicerón. De acuerdo con él asegura que, si para hablar de medicina o de derecho es preciso tener los conocimientos de estas ciencias, para ejercer la elocuencia no sólo hay que tener conocimientos de diversas ciencias, como la historia y el derecho, la filosofía y la teología, sino exponer los argumentos ordenada y elegantemente y tener autoridad moral. Es sin duda la ciencia más difícil, como lo demuestra el esfuerzo que realizaron sus inventores griegos y sus mejores cultivadores en Roma, los cuales debían persuadir al pueblo para que cumpliera las leyes y a los soldados para defender las murallas y no dar la espalda al enemigo. Y sobresalieron en todo género de discurso demostrativo, deliberativo y judicial. Queda, pues, claro que la elocuencia es la más difícil de las artes (*eloquentia ese omnium artium difficilimam*) y todas las demás artes son sus siervas (*caeteras artes ese ancillas eloquentiae*), pues sin el ornato y el fulgor de las palabras persuasivas todos sus conocimientos quedarían oscuros y no serían conocidos por la mente humana.

Así es patente que Publio Mucio Escévola fue el creador del derecho civil gracias a su extraordinaria elocuencia. Esto es lo que opina también Catón, el cual añadía que ningún jurisconsulto podría serlo sin elocuencia. Y tampoco los físicos podrán enseñar los secretos de su saber si no dominan la elocuencia y cualquier otro científico o sabio o artista, si pretende enseñar, conmover y deleitar, ha de seguir las normas de la elocuencia, tal como recomendaron Cicerón y Quintiliano³¹ (*ut doceat, moveat, atque*

³⁰ Cicerón, *Sobre el orador*, I, XXVII, 127-128. Sigo la traducción de J. J. Iso.

³¹ Cicerón, *Brutus* 49, 185: «tria sunt enim... quae sunt efficienda dicendo: ut doceatur is apud quem

delectet). Por tanto, todas las demás artes y ciencias necesitan la elocuencia para llevar a cabo su tarea, pero el orador ha de nutrirse de los elementos de su propia ciencia: el ornato, el orden, la elegancia, la buena disposición y la persuasión de las palabras. Y, como las demás artes y ciencias toman prestado de la elocuencia el orden, la disposición y el ornato de las palabras, Flaminio afirma que la elocuencia es la madre de todas ellas, pues infunde en sus enseñanzas el caudal de su discurso persuasivo.

Puede decirse que la elocuencia es la ciencia del descubrimiento de la verdad (*scientia inveniendi veri*) mucho más que la que los griegos llaman dialéctica, pues ésta es la ciencia de juzgar, no de descubrir lo verdadero. Y, si tanta es la excelencia y bondad de la elocuencia, ¿por qué la critican y la acusan de ser nociva? Si ella desapareciera, se borraría todo vestigio de la divinidad y nos convertiría en mudos animales. Y, si hasta los bárbaros la aprecian, cuánto más aquellos a quienes honra y deleita, pues ella nos elevó desde la animalidad a la humanidad y nos hace semejantes a Dios. Y concluye: ningún pueblo es tan bárbaro que no cultive la elocuencia (*nulla gens tan barbara quae non colat eloquentiam*). Pues la posesión y el poder de la palabra es superior a la riqueza y la fortuna. Sin ella no habría memoria del pasado ni narración de las hazañas humanas, ni historia, que es luz de la verdad, maestra de la vida y mensajera de la belleza (*lumen veritatis, magistra vitae, nuntia venustatis*). Si ella desapareciera, se borrarían los nombres de emperadores como Alejandro, Darío y Jerjes, nadie conocería a los Camilos, Fabios, Escipiones, Curios, Fabricios y Catones. Y yacerían en el olvido los reyes macedonios y persas y los nombres de tantos romanos egregios y no conoceríamos tantos ejemplos de virtud de nuestros antepasados que merecen ser imitados. En suma, nuestra vida no tendría sentido sin el recuerdo del pasado que la elocuencia sustenta e ilumina.

La conclusión es una exhortación al cultivo de este arte de la palabra que nos permite acceder a todos los saberes y nos forma para la virtud. Es la culminación del elogio y el imperativo moral que cierra el discurso. Flaminio anima a los oyentes de la florentísima academia renacentista salmantina, especialmente a los jóvenes, a cruzar las puertas que conducen al recinto sagrado de la elocuencia, no sin advertir que es una tarea interminable, pues a medida que se avanza en su interior el camino que resta es siempre más amplio, pero en ese constante caminar se halla la frágil felicidad humana.

dicetur, ut delectetur, ut moveatur vehementius». Quintiliano, *Institutiones Oratoriae* III, 5, 2: «*tria sunt ítem, quae praestare debeat orator: ut doceat, moveat, delectet*».

En suma, al orador perfecto, tal como lo describió Cicerón, debe darse la palma de la victoria, por encima de la filosofía, pues, aunque hay filósofos elocuentes, como Platón, en la elocuencia están presentes todas las ciencias y unidas a ella se dan las virtudes. Por ello, no hay nada más necesario que este don divino que eleva al hombre sobre las bestias y lo hace muy próximo a Dios. Un don tan deleitable que no hay música ni armonía celeste que sea más dulce ni más útil, pues con él alabamos a los buenos y censuramos a los perversos, y ponemos de manifiesto el valor de cada una de las virtudes. La elocuencia hace florecer las semillas de bondad y virtud que la naturaleza puso en nosotros y nos conduce a la vida feliz, pues sin ella desaparece todo vestigio de virtud, hasta tal punto que estará menos desorientado un marinero sin la ayuda de las estrellas y el timón que la vida de un hombre sin la elocuencia, pues ella es la guía de la vida. Sin ella no pervivirían las ciencias ni las buenas artes, ni la memoria de los sabios, pues la vida y la muerte sería ciertamente lo mismo (*idem profecto mors vitaque esset*).

Por todo ello, hay que proclamar a la elocuencia como la capacidad más valiosa del hombre, expresión de su libertad y su poder para dominar la tierra, construir la sociedad, adquirir las letras y las artes, que constituyen la esencia de la *humanitas*, y alcanzar la vida feliz. Por consiguiente, Flaminio concluye su discurso invitando a todos sus oyentes, y a nosotros con ellos, a buscar y perseguir este difícil arte de descubrir la verdad, superior incluso a la dialéctica, siguiendo el ejemplo de Cicerón y los grandes oradores de Grecia y Roma, de los que extrae los preceptos para formar al hombre, al ser racional que ha de reunir las cualidades del perfecto orador romano.

Este es probablemente el discurso más elocuente que prueba la excelente acogida que el humanismo italiano tuvo en la universidad española donde mayor arraigo tuvo el humanismo, cuya expresión máxima fue la retórica de Flaminio, apoyada en el arte de la gramática de Nebrija.

REFERENCES

- AA. VV. (2012). «*Feritas*», «*humanitas*» e «*divinitas*» come aspetti del vivere nel Rinascimento, *Atti del XXII Convegno Internazionale* (Chianciano Terme – Pienza, 19-22 luglio 2010), a cura di Luisa Secchi Tarugi. Firenze: Franco Cesati Editore,
- ARISTÓTELES (1988). *Política*. Traducción de M. Garvía Valdés. Madrid: Gredos.
- ASENSIO, E., ALCINA, José (1980). «*Paraenesis ad litteras*». *Juan Maldonado y el humanismo español en tiempos de Carlos V*. Madrid: Fundación Universitaria Española.
- ASENSIO, Eugenio (2005). «Juan de Maldonado y su *Paraenesis*», en *De fray Luis de León a Quevedo y otros estudios sobre Retórica, Poética y Humanismo*, editado por Asensio, E. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, pp. 251 – 310.
- BATAILLON, Marcel (1966). *Erasmus y España. Estudios sobre la historia espiritual del siglo XVI*. México: Fondo de Cultura Económica.
- BUSTOS, E. (1983). «Nebrija, primer lingüista español», en *Nebrija y la introducción del Renacimiento en España*, editado por García de la Concha, V. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, pp. 205 – 222.
- CICERÓN (2002). *Sobre el orador*. Traducción de J. J. Iso. Madrid: Gredos.
- CICERÓN (2001). *Brutus. Orator*. Cambridge (Mass.): Harvard University Press.
- DIODORO de Sicilia (2001 – 2014). *Biblioteca Histórica*, edición, traducción y notas de F. Parreu. y J. J. Torres. Madrid: Gredos. 6 vols.
- FAULHABER, C (1997). «Las *Flores rhetorici* de Fernando Manzanares (Salamanca, ca. 1488) y la enseñanza de la retórica en Salamanca», en *Antonio de Nebrija: Edad Media y Renacimiento*, editado por Codoñer, Carmen y Gozález, Juan Antonio. Salamanca: Ediciones Universidad, pp. 457-467.
- FLÓREZ, Cirilo, García Castillo, Pablo, Albares, Roberto (1999). *El humanismo científico*. Salamanca: Caja Duero.
- FLÓREZ, Cirilo, García Castillo, Pablo, Albares, Roberto (1990). *La ciencia de la tierra. Cosmografía y cosmógrafos salmantinos del Renacimiento*. Salamanca: Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Salamanca.
- GALLEGO, A. (1990). «Humanidades renacentistas», en *La Universidad de Salamanca. II. Docencia e Investigación*, editado por Fernández, M., Robles, L. y Rodríguez-San Pedro, L. E. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca. 1990, pp. 211 – 235.
- GIL Fernández, Luis (2005). «Los *Studia Humanitatis* en España durante el reinado de los Reyes Católicos», *Península. Revista de Estudios Ibéricos*, 2, pp. 46.

- JIMÉNEZ, Teresa (2001). *Un siciliano en la España de los Reyes Católicos. Los Epistolarum familiarium libri XVII de Lucio Marineo Sículo*. Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá.
- LUCII FLAMINII SICULI EPIGRAMMATUM LIBELLUS. Biblioteca General de la Universidad de Salamanca, I/197, fol. a (5) r^o s.
- MURPHY, James (1997). «Antonio de Nebrija in the European rhetorical tradition», en *Antonio de Nebrija: Edad Media y Renacimiento*, editado por Codoñer, Carmen y Gozález, Juan Antonio. Salamanca: Ediciones Universidad, pp. 447–455.
- OLMEDO, Félix (1944). *Nebrija en Salamanca*. Madrid: Editora Nacional.
- PAPARELLI, G. (1993). *Feritas, humanitas, divinitas. L'essenza umanistica del Rinascimento*. Salerno: Edisud Salerno.
- QUINTILIANO (2001). *The orator's education*. Cambridge (Mass.): Harvard University Press.
- RAMOS, Sandra Inés (2018). «Estudio, edición crítica y traducción de una epístola latina de Lucio Flaminio Sículo a Antonio de Nebrija (Salamanca, 1504)». *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios Latinos* 38 (2), pp. 229-254.
- RICO, Francisco (1978). *Nebrija frente a los bárbaros. El canon de gramáticos nefastos en las polémicas del humanismo*. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- RICO, Francisco (1993). «*Laudes litterarum*: Humanismo y dignidad del hombre en la España del Renacimiento», en *El sueño del humanismo. De Petrarca a Erasmo*, editado por Rico, Francisco. Madrid: Alianza Editorial, pp. 163-190.



The word as an expression of human dignity in the *Oratio de laudibus eloquentiae* by Lucio Flaminio Sículo

Flaminio, a disciple of Nebrija, in his speech of praise of eloquence, argues that the mastery of the word made men able to converse and establish bonds of friendship between them to form society. The word removed the human being from the caverns of ignorance and granted him an almost divine dignity. Therefore, rhetoric, based on grammar, is the art of finding the truth, and all the other arts and sciences are subject to it.

Keywords: Rhetoric · Humanism · Spanish Renaissance · Antonio de Nebrija · School of Salamanca

La palabra como expresión de la dignidad humana en la *Oratio de laudibus eloquentiae* de Lucio Flaminio Sículo

Flaminio, discípulo de Nebrija, en su discurso de elogio de la elocuencia, sostiene que el dominio de la palabra hizo a los hombres capaces de conversar y de establecer vínculos de amistad entre ellos para formar la sociedad. La palabra sacó al ser humano de las cavernas de la ignorancia y le otorgó una dignidad casi divina. Por ello, la retórica, sustentada en la gramática, es el arte de encontrar la verdad y a ella se supeditan las demás artes y ciencias.

Palabras Clave: Retórica · Humanismo · Renacimiento Español · Antonio de Nebrija · Escuela de Salamanca.

PABLO GARCÍA CASTILLO es Profesor de Filosofía en la Universidad de Salamanca, España. Es Doctor en Filosofía (PhD) por la Universidad de Salamanca. Sus principales áreas de interés son la filosofía antigua y medieval, el pensamiento griego, la filosofía antigua en el Renacimiento, la Escuela de Salamanca, la retórica y la hermenéutica filosófica. Entre sus principales publicaciones se cuentan: *Plotino: hermenéutica y filosofía* (Salamanca: Instituto de Ciencias de la Educación, 1984); *El Humanismo Científico* (Salamanca: Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Salamanca-CAMPS, 1988); *La Ciencia del Cielo. Astrología y Filosofía Natural en la Universidad de Salamanca 1450-1530* (Salamanca: CAMPS, 1989); *La Ciencia de la Tierra: Cosmografía y Cosmógrafos Salmantinos del Renacimiento* (Salamanca: CAMPS, 1990); *Pedro S. Ciruelo. Una Enciclopedia humanista del saber* (Salamanca: CAMPS, 1990); *El Humanismo Científico* (Salamanca: Caja Duero, 1999). Así mismo ha editado y traducido al castellano obras de Miguel de Unamuno, Francisco de Vitoria, entre otros.

INFORMACIÓN DE CONTACTO | CONTACT INFORMATION: Facultad de Filosofía, Universidad de Salamanca. Campus “Miguel de Unamuno”. 37007 Salamanca, España. e-mail (✉): castillo@usal.es · iD: <http://orcid.org/0000-0002-3730-9306>.

HISTORIA DEL ARTÍCULO | ARTICLE HISTORY

Received: 31-May-2019; Accepted: 10-September-2019; Published Online: 30-September-2019

COMO CITAR ESTE ARTÍCULO | HOW TO CITE THIS ARTICLE

García Castillo, Pablo (2019). «La palabra como expresión de la dignidad humana en la *Oratio de laudibus eloquentiae* de Lucio Flaminio Sículo». *Disputatio. Philosophical Research Bulletin* 8, no. 10: pp. 00-00.

© Studia Humanitatis – Universidad de Salamanca 2019